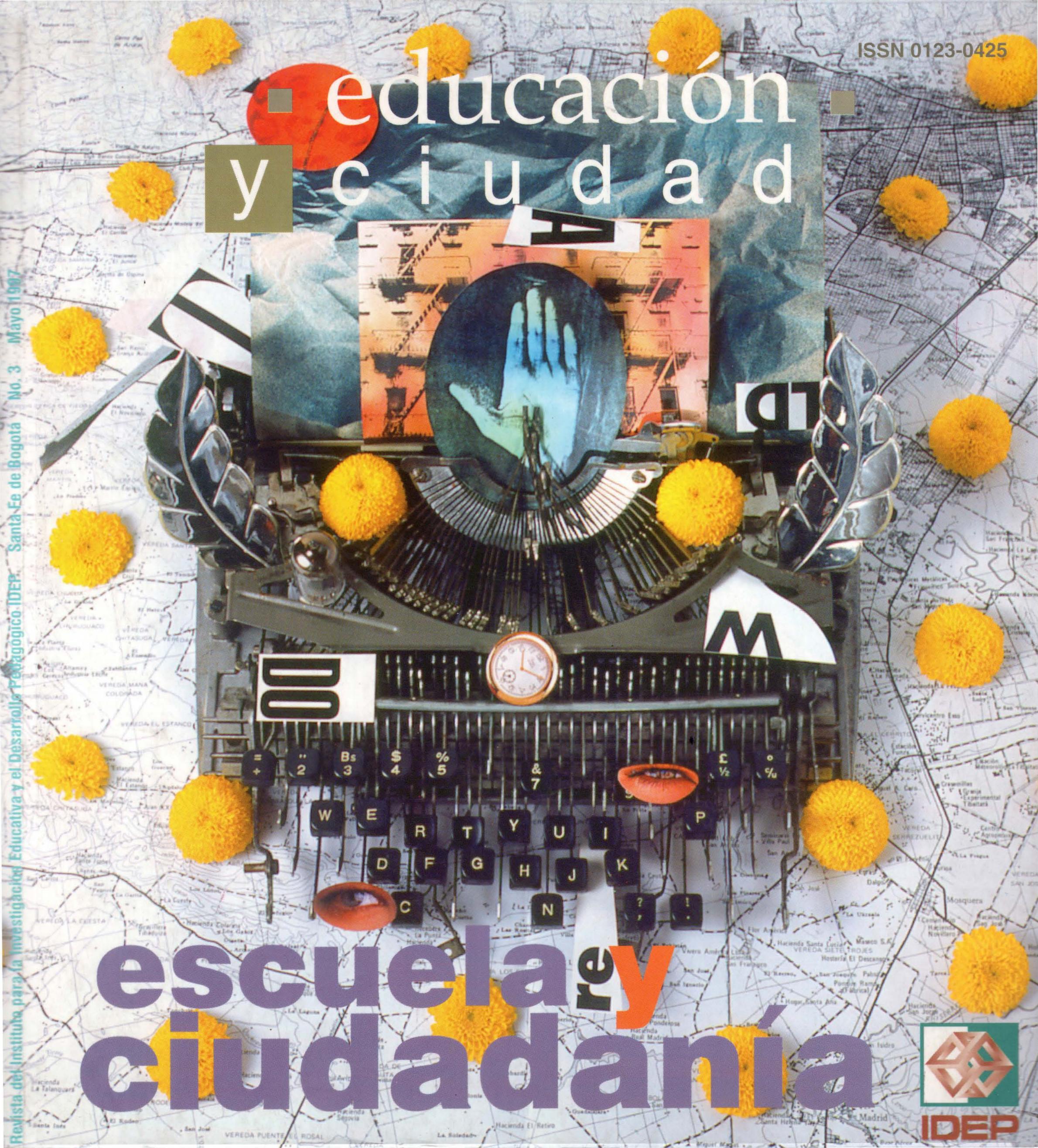
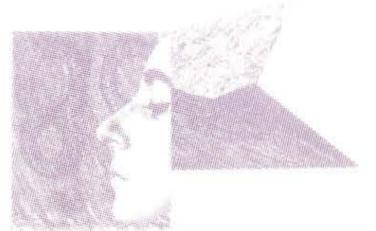
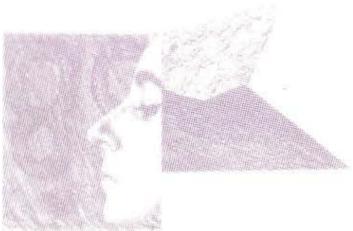
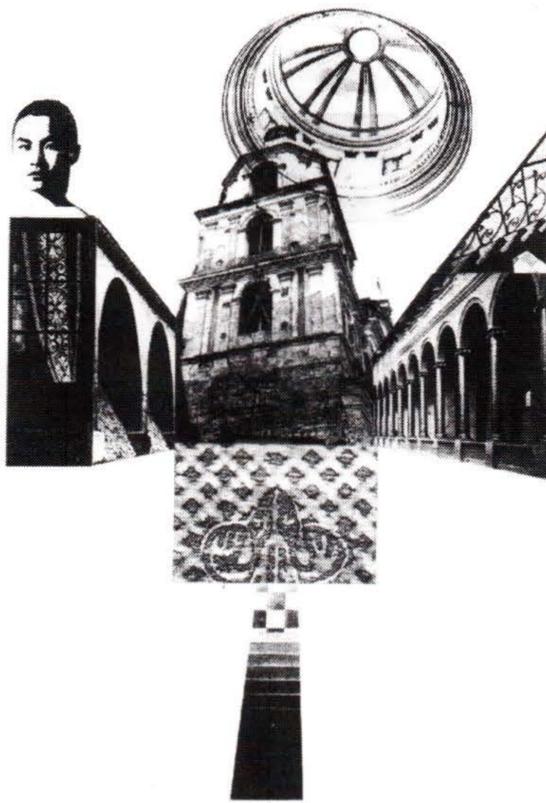


# educación y ciudad

Revista del Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico IDEP. Santa Fe de Bogotá No. 3 Mayo 1997

# escuela y ciudadanía







■ educación ■  
y ciudad

Revista del Instituto para la Investigación y el Desarrollo Pedagógico, IDEP

Santa Fe de Bogotá, D.C., Colombia, No. 3, Septiembre 1997

**Director:** Alejandro Alvarez Gallego

**Comité Editorial:** Olga Lucía Zuluaga G., Mario Díaz Villa, José Granés, Héctor Orobio, Cecilia Rincón, Marco Raúl Mejía, Guillermo Bustamante, Fabio Jurado.

**Editor:** Hernán Suárez

**Consejo Directivo:**

Paul Bromberg, José Luis Villaveces, Mario Díaz Villa, Alberto Martínez Boom, Alvaro Pantoja Velásquez, Jesús Hernando Duarte, Alejandro Alvarez G.

**Colaboran en este número:**

Martha C. Rodríguez G., Humberto Quiceno C., Carlos E. Noguera, Arturo Alape, Fernando Alvarez-Uria, Jorge Enrique Londoño P., Nicolás Buenaventura, Fabián Zuleta, Marcos Raúl Mejía, Gabriel Restrepo.

**Diseño carátula y diagramación:**

Futuro Moncada Forero

**Ilustraciones:** Futuro Moncada F. y Mauricio Suárez Acosta

**Preparación Editorial e Impresión:**

Servigraphic Ltda.

Los conceptos y opiniones de los artículos firmados son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen la política institucional del IDEP.

El Comité Editorial agradece los artículos enviados voluntariamente y se reserva la decisión de su publicación en la revista. El Comité no se hace responsable de la devolución de éstos. Se autoriza la reproducción de los artículos citando la fuente y los créditos de los autores. Se agradece el envío de la publicación en la cual se realice la reproducción.

**Correspondencia, información y suscripciones:**

Instituto para la Investigación y el Desarrollo Pedagógico, IDEP

Carrera 19A No. 1A-55 Teléfono 289 58 78  
Fax 289 56 69

instidep@imps At.net.co

Santa Fe de Bogotá, D.C., Colombia

## S u m a r i o

*La escuela: primer espacio de actuación pública del niño*

Martha C. Rodríguez



8

La escuela es la primera institución social en la cual el niño se desempeña autónomamente como ser individual y social. Durante la vida escolar el niño va formando sus primeras ideas acerca de la sociedad a la que pertenece. Si se acepta que la escuela es el primer espacio de actuación pública del niño, los docentes de los primeros años de la vida escolar tienen un inmenso papel que cumplir en la labor de conducir y enriquecer el paso de la vida íntima o privada en familia, a la vida social o pública en la escuela y el entorno social.

*Formación, maestro y Nación*

Humberto Quiceno Castrillón



20

Uno de los grandes méritos, entre otros, de la obra pedagógica de Agustín Nieto Caballero es haber señalado el papel de la escuela en la formación ciudadana, la cual se resume en su celebre expresión: *formar al maestro es formar la Nación*. Por Nación entiende la sociedad civil, la vida ciudadana, el progreso material, el desarrollo de los pueblos, la identidad nacional. Su idea de maestro es la de un constructor de Nación y ciudadanía. El maestro es aquél que ha de seguir y hacer seguir la línea de lo público en todas sus dimensiones: que la escuela deje de ser cerrada y se abra a lo público. Una mirada histórica que ofrece motivos de reflexión sobre el papel de la escuela y los maestros como formadores de una cultura urbana y ciudadana.

*Educación y democracia: más allá de la escuela y el maestro*

Carlos Ernesto Noguera R.



30

En más de dos siglos de existencia, la distribución y funcionamiento del espacio y el tiempo escolar no han sufrido transformaciones radicales. La rígida separación entre el salón de clase y el patio de recreo; la minuciosa distribución del tiempo para el aprendizaje, para el juego, para los exámenes, para los actos cívicos, identifica a la escuela de ayer como la de hoy. Desde hace dos siglos, el horario señala el ritmo de la vida escolar y aún hoy es imposible pensar una institución educativa sin distribución precisa y rígida del tiempo. Cualquier intento de modernización y democratización de la escuela de hoy pasa por transformar radicalmente los conceptos y las prácticas sobre espacio y tiempo, así como las relaciones de autoridad entre maestros y alumnos.

*Los posibles perfiles del maestro*

Arturo Alape

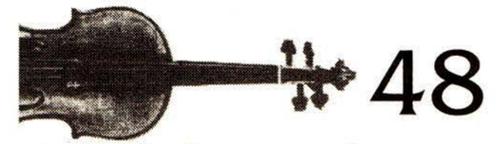


40

Recuperar o construir una nueva imagen del maestro colombiano pasa por escribir su autopercepción y la percepción de los otros. Un método que contribuya a construir su perfil, o mejor aún, sus perfiles. Desde la célebre clasificación que hiciera don Agustín Nieto Caballero sobre los maestros de su época, no se ha intentado una nueva versión. Un taller con docentes del Colegio Nuevo Kennedy de Bogotá, realizado por el autor y su equipo, sirve de fundamento a las reflexiones y los perfiles de maestros de hoy. Perfiles que van desde el maestro *fantasma*, pasando por el maestro *isla*, hasta el maestro *noticia fresca*. Un abigarrado y dicente mosaico de maestros, elaborado por ellos mismos, que se convierte en una invitación a profundizar y complementar este primer acercamiento.

*Escuela y subjetividad*

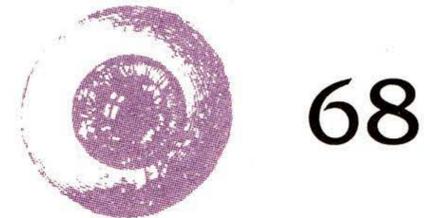
Fernando Álvarez-Uría



Tomando como «pretexto» la novela *El primer hombre*, de Albert Camus, el presente artículo nos ofrece un agudo análisis sobre el papel de las relaciones sociales en la educación. Las tradicionales teorías sobre la relación entre pobreza y exclusión de la cultura son puestas en cuestión. «El *primer hombre* es un libro de indagación personal sobre el sentido de la existencia, en el que el pequeño Jacques (que no es sino el propio Albert Camus) pasa de una familia analfabeta al descubrimiento del mundo de la cultura culta. El sistema escolar que suele anudar orígenes familiares y destinos profesionales, no ha desempeñado en esta ocasión una función reproductora, sino más bien todo lo contrario. No es extraño, por tanto, que la escuela represente en la vida y en la obra de Camus un papel central».

*Educación y televisión: de la naranja achatada al ciberespacio*

Jorge Enrique Londoño P.



La importancia de la televisión para la educación resulta inconmensurable. Sus múltiples posibilidades están inexploradas. Su papel en la generación de nuevos métodos y pedagogías es fundamental, sobre todo si propendemos por una educación que se proyecte en la ciudad y sus habitantes. Afortunadamente muchos educadores están trabajando con video, con la programación de la televisión y con otras experiencias comunicativas, allanando el camino para una nueva educación acorde con las nuevas circunstancias, en especial con el hecho de que los jóvenes y niños dedican más tiempo a la televisión que a otro tipo de actividades, entre ellas el estudio en casa.

*El busero bogotano*

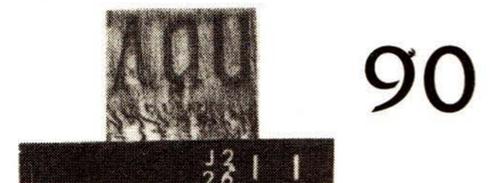
Nicolás Buenaventura Alder



La condición ciudadana no es sólo un hecho jurídico (mayoría de edad) o político (derecho a elegir y ser elegido), es sobretodo una vivencia cultural, es vivir y sufrir la ciudad, leer sus códigos, comprender su orden y desorden, reconocerse y orientarse en sus trazados y símbolos. Nicolás Buenaventura nos ofrece una manera de ver la ciudad desde un lugar: el bus urbano, y a través de un personaje: el “busero”. Relato rico en descripciones y enseñanzas que nos coloca frente a múltiples realidades: nuestro caótico tráfico, el microcosmos de los buses y busetas, lo humano y trágico de quienes montan en bus, la diferencia entre ser peatón y conductor, cómo se ve la ciudad desde el bus y desde el carro particular, las múltiples funciones y las muchas manos que tienen los buseros, a quienes no vacila en calificar en auténticos creadores.

*La evaluación académica: ¿una cuestión pedagógica o técnica?*

Fabián Zuleta R.



¿Es importante evaluar? ¿Para qué evaluar? ¿Quién evalúa? ¿Con qué criterios evaluar? ¿Quién determina los criterios? Estas son algunas de las preguntas que el autor propone para determinar no sólo la conveniencia de la evaluación numérica y por resultados, vigente en el sistema educativo, sino, y especialmente, para valorar el alcance social y pedagógico de la reciente estrategia de evaluación cualitativa.

# “nuestra patria se halla minada”

En presencia de graves fenómenos que han hecho su aparición en el campo en que se ejercitan los sagrados derechos de la ciudadanía, considero un deber íntimamente ligado a la grave responsabilidad que me incumbe, el recordar a los encargados de imprimir las nuevas orientaciones educativas, la urgente necesidad de desarrollar en todos los establecimientos de instrucción oficial una intensa acción de preparación para el conveniente y honrado ejercicio de las atribuciones que nuestra Carta Fundamental y nuestras leyes vigentes otorgan a los ciudadanos de Colombia.

Nuestra patria se halla minada en su misma existencia por el relajamiento de los sistemas democráticos. El alma nacional está enferma por el desencanto que la ha invadido como consecuencia de la crisis de la honradez civil. Colombia se precipita por la pendiente de futuras y peligrosas reacciones que harán vacilar las bases mismas de la vida republicana. Los partidos políticos no exhiben ya, como consigna de combate, la recia escarapela de su ideología. La mayor parte de los ciudadanos ilustrados y probos se han ido alejando con gesto de repulsión de las actividades cívicas, y la mediocridad y la audacia cosechan sus más ruidosos éxitos al amparo de la ignorancia popular.

En el fondo de todo esto existe un problema de carácter educativo: no hemos preparado al pueblo para la vida ciudadana; le hemos otorgado sí derechos que emanan como consecuencias jurídicas del régimen republicano, pero lo hemos dejado en el desamparo de la indigencia espiritual más absoluta, debatiéndose en la pesada tiniebla de su impotencia mental, ignorándolo todo, y obediéndolo todo, sin saber de nada.

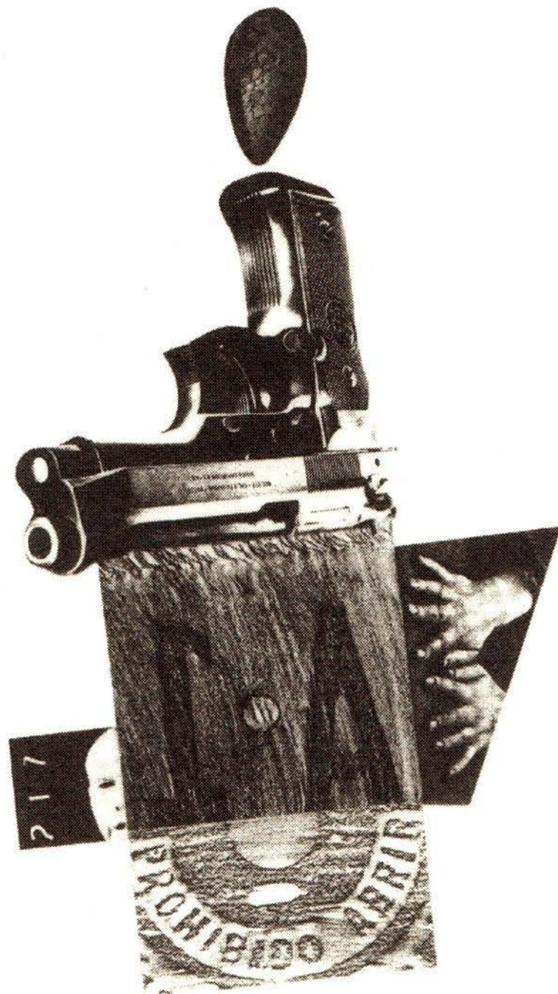
Se hace necesario, en estos momentos en que la patria está amenazada no por poderes extraños, ni por subversiones internas, sino, lo que es más grave, por el relajamiento de algunas de sus más fundamentales instituciones, debido a las continuas sorpresas perpetradas contra la buena fe de la humilde falange gregaria, que una intensa acción educativa venga a contrarrestar todos estos males y a restablecer el régimen del decoro y la fe en un futuro mejor para el engrandecimiento nacional.

RAFAEL BERNAL JIMÉNEZ

Secretario de Instrucción Pública de Boyacá  
(Circular sobre instrucción cívica publicada en la revista *Cultura*, junio 5 de 1927)

Setenta años después, parece que las cosas han empeorado. Además del relajamiento de algunas de nuestras más fundamentales instituciones, tenemos la amenaza de poderes extraños, subversiones internas y contrasubversiones externas. Pero en algo nos parecemos aún. Todavía creemos que el problema se resuelve con una buena educación para la ciudadanía. La instrucción cívica o la educación para la democracia, o la educación ciudadana siguen siendo estrategias fundamentales para todos aquellos que piensan que las cosas son susceptibles de mejorarse con un cambio de actitud en las personas. La pregunta sería: ¿qué pasó hace setenta años?: O no le hicieron caso a Rafael Bernal y no se implementó un plan masivo de educación cívica y ciudadana, y entonces las consecuencias las estaríamos pagando ahora, o la población sí recibió educación, pero.....

Esta creencia en el poder de la educación y esta fe en la posibilidad de cambiar el orden social a través de la formación de buenos individuos, con la acción convincente de la palabra, son parte de un descubrimiento cristiano que data de hace



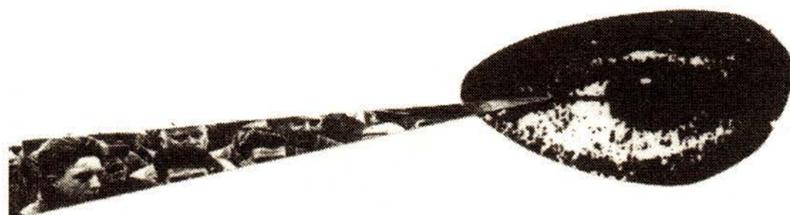
más de ocho siglos. Durante la edad media el mal se combatía en la superficie del cuerpo. Primero que todo, porque no existía la idea de sujeto, o de individuo, tal como lo entendemos hoy, y en segundo lugar, porque el mal se manifestaba a través de las acciones y no en las intenciones, como creemos ahora. De tal manera que la mejor manera de contrarrestar el mal era con el castigo físico. Pero en tanto el problema no era individual, dicho castigo se aplicaba públicamente, para producir el escarmiento necesario entre la población, de tal manera que no

se repitiera. Era una práctica educativa distinta, porque se persuadía, no a través de la palabra, sino de la acción.

Georges Duby en su texto: *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* (1978), nos relata el momento (siglo XII) en el que se produjo el cambio, de la siguiente manera:

«El campo de la lucha se había desplazado: ya no era más el cosmos (aunque perduró por mucho tiempo de manera vigorosa la idea ingenua; la que animaba a los cruzados, de que para extender el reino de Dios era necesario matar a los incrédulos y expulsar a los judíos). La lucha, la nueva forma del *Opus Dei*, del trabajo por Dios, se concentró a partir de entonces, en el interior del microcosmos que es cada hom-

bre: desbrozar, despejar, expulsar al demonio de sus bastiones, sanear, drenar, destruir las pestilencias, a esto tendía concretamente, en las



márgenes de los claros cistercienses, el trabajo de los conversos que pretendía restaurar la rectitud y el orden. Pero era necesario, para conducir convenientemente la obra un plan director. Este plan podía ser elaborado por aquellos que habían tenido acceso al pleno conocimiento de la verdad gracias a la acción conjugada de una enseñanza retórica, dialéctica y de un don misterioso, la sabiduría, que los obispos reciben gracias a la unción y que se difunde de grado en grado en el ordo jerarquizado de la Iglesia por medio de los ritos de la ordenación. Y en el siglo XII se llegó a pensar que la palabra restituiría la rectitud hasta en las zonas rurales más apartadas. En todo caso, se afirmaba la convicción de que el orden, el orden moral —y el orden social que no era ajeno— dependía de una cierta manera de decir y del que eran responsables, en consecuencia, aquellos que tenían precisamente la función de hablar.»

Una cierta manera de decir, una cierta educación, esa es aún la manera como esperamos que «una Nación en riesgo», como la nuestra, consiga salir de su crisis. Y una cierta educación, para la democracia y para la vida ciudadana, depende en últimas, aún hoy, de quien tiene precisamente la función de hablar: el maestro. En este personaje recaen todas las responsabilidades y todas las esperanzas.

La función del maestro está orientada a proclamar la verdad (no la que él tiene, sino la que le dictan los textos o los reglamentos), para que, una vez ungido en el rito de la ordenación de las Facultades de Educación o las Normales, se disponga a restaurar la rectitud hasta en las zonas rurales más apartadas. De su acción va a depender lo que suceda en el futuro, con esas nuevas generaciones formadas en los más estrictos principios éticos, democráticos, científicos y ciudadanos.

No lo sabemos, pero hace más de ocho siglos que se han dispuesto ejércitos completos de sacerdotes y de maestros para que nos liberen del mal, y en nuestro caso parece que su palabra, sus sabias y sagradas palabras, no han logrado penetrar el interior del individuo (nuestra subjetividad).

Dos preguntas, por lo menos, nos quedan para quienes creemos todavía en la educación: ¿Es ella un problema de persuasión, interior, individual? Y, ¿dónde está el mal?

ALEJANDRO ÁLVAREZ GALLEGO  
Director Ejecutivo IDEP

## DEL EDITOR

## Parece que fuera ayer

En todas las guerras mueren y matan maestros y maestras, del campo y de la ciudad. En la que vivimos los colombianos hoy también. La guerra tiene diferentes expresiones: eliminación física, desplazamientos, amenazas, señalamientos, salones de clase convertidos en avanzadas militares, niños traviesos y curiosos víctimas del «fuego cruzado y los pertrechos olvidados», estaciones de policía que se construyen al lado de jardines infantiles, el dilema de escoger entre la vida y el ejercicio de la profesión. El asunto no es ahora, viene de atrás, es parte de nuestra historia. Las circunstancias, personajes y pretexto aparecen como distintos, sólo es igual la barbarie y la pena que produce.

El siglo XIX terminó como empezó: en guerra. «Entre 1830 y 1900 hubo nueve grandes guerras civiles generales, catorce guerras civiles locales». La de los Mil Días significó la pérdida de Panamá y la herencia de 170.000 muertos. En medio de la confrontación un grupo de idealista, políticamente conocidos como los *Radicales*, se dieron a la temeraria empresa de convertir la educación en el instrumento principal para conquistar la paz, el progreso y la democracia en la Colombia violenta, aldeana y estamental de aquel entonces. Los radicales eran hombres de ideas, se les ha calificado de ilusos, pero también eran hombres de acción. En 1870 decidieron establecer en el país la llamada *Reforma Instruccionista*, considerada el primer intento serio de organizar la educación pública en todo el país: formar ciudadanos, establecer los métodos pedagógicos modernos, formar a los maestros, construir escuelas, dotarlas. Una esperanzadora revolución educativa para su época.

El Plan de formación de maestro era ambicioso y de larga mirada. Para tal fin contrataron maestros alemanes con la misión de fundar Escuelas Normales

en toda Colombia: Gottolt Weis en el Estado soberano de Antioquia, Alberto Blumen en Cundinamarca, Ernesto Hotschich en Boyacá, Carlos Utterman en Santander, entre otros. El proyecto tenía cifras: formar 1.000 maestros normalistas «en el mejor espíritu ilustrado y en el método pestaloziano, la propuesta más avanzada en aquel momento», y fundar 20 Escuelas Normales. Un verdadero ejército educativo. «Los primeros graduados de las nuevas instituciones probablemente fueron los maestros mejor entrenados de la historia del país. No solamente los graduados poseían un sentido idealista de su misión, sino que también la enseñanza se había convertido en una profesión honorable, la cual habría oportunidades a la juventud.»

Los 1.000 maestros fueron formados, pero la guerra terminó por arrastrarlos. Ninguno de ellos sobrevivió a la Guerra Civil de 1876 y a la de los Mil Días. Cuenta la leyenda que el único sobreviviente se suicidó, días después que presencié impotente como uno de sus alumnos se ahogaba en un río.

«La guerra fue igualmente desastrosa para las escuelas. Durante la lucha se suspendieron las clases, excepto en unas pocas regiones apartadas. En las montañas, los soldados de ambos bandos convirtieron los salones escolares en barracas, algunos destruyeron libros y quemaron las construcciones intencionalmente. El Secretario de Gobierno de Santander reportó que las escuelas habían sufrido ataques de ferocidad inhumana. Numerosos estudiantes y maestros perdieron la vida en el campo de batalla. La guerra civil terminó con la reforma.» (Jane Meyer Lopy, *La Escuela Primaria durante el Federalismo. La Reforma Escolar de 1870*)

HERNÁN SUÁREZ